

# REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

**Depósito Legal: J 696-2013**

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

**ISSN: 2341-0086**

# Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

**14ª Edición:** diciembre del 2026

**Enlace a la página Web:** <http://www.revistapenelope.com>

**Email:** [encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com](mailto:encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com)

**Teléfono de contacto:** 617 91 87 97

**Artículo de investigación**  
**de**  
**Antonio Rodríguez Jiménez**

# **Pasamos por la vida, de Encarnación Sánchez Arenas**

## **Un viaje lírico entre la memoria, la espiritualidad y la tradición**

Dr. Antonio Rodríguez Jiménez  
El Colegio de Jalisco  
Universidad de Guadalajara

### **1. Introducción: La voz poética de Encarnación Sánchez Arenas**

Encarnación Sánchez Arenas es una poeta que escribe desde la raíz y hacia el alma. Nacida en Fuensanta de Martos (Jaén) en 1964, su formación académica en filología árabe y su profundo conocimiento de la métrica española le han permitido construir una obra poética que se nutre tanto de la tradición como de la innovación. *Pasamos por la vida*, publicado por Mandala Ediciones en 2014, es un poemario que condensa su sensibilidad, su compromiso con la palabra y su búsqueda espiritual.

Este libro no es solo una colección de poemas: es una travesía emocional, intelectual y estética. En él, la autora entrelaza formas clásicas como el zéjel, la casida, la décima y el serventesio con una voz íntima que reflexiona sobre la vida, la soledad, el cuerpo, la memoria y el misterio. Su poesía se presenta como un testimonio de lo vivido, lo sentido y lo pensado, con una cadencia que remite tanto a la lírica popular andaluza como a la poesía culta de autores como Lorca, Quevedo, Juan Ramón Jiménez o Blas de Otero.

El prólogo de Antonio Varo Baena destaca con acierto la capacidad de Encarnación para transmitir una cualidad poética que sobrepasa el verso, la estrofa e incluso el poema. Su escritura, dice, “incluye la emoción, el sentimiento y sobre todo captar lo que la palabra dice al poeta antes que a nadie y después a los demás”. Esta afirmación resume el espíritu de *Pasamos por la vida*: una obra que nos habla desde lo más hondo y que nos invita a escuchar con el corazón.

## 2. Poética de la memoria: entre la nostalgia y la raíz

Uno de los ejes temáticos más poderosos en *Pasamos por la vida* es la evocación de la memoria personal y colectiva. Encarnación Sánchez Arenas construye una poética del recuerdo que se nutre de la infancia, la familia, el paisaje rural y la identidad andaluza. En sus versos, la memoria no es solo un ejercicio de rememoración, sino una forma de resistencia ante el olvido y una celebración de lo vivido.

El poema “A mi madre y a mi padre” es una muestra clara de esta sensibilidad. La autora evoca los olores, los sabores y los sonidos de la casa labriega: “Huele la casa labriega a migas y torreznos, / a morcilla en caldera, / por ti huelen los don pedros”. La memoria se activa a través de los sentidos, y el recuerdo se convierte en un espacio afectivo donde la figura paterna se eleva como símbolo de fortaleza y arraigo: “A mi padre yo bendigo / es fuerte como un roble”.

Este tipo de evocación se repite en otros textos como “Las estaciones”, donde cada ciclo del año se asocia a una vivencia emocional y a un paisaje íntimo. La primavera trae “campos de amapolas” y “espigas verdes del trigo”, mientras el invierno se presenta como “frío y helado” con “plazas vacías en mi pueblo ceniciento”. La autora logra que el paso del tiempo se convierta en una metáfora de la vida misma, donde cada estación representa una etapa del alma.

También en “Tardes de otoño” y “Las opiniones” se percibe esa mirada nostálgica que no idealiza el pasado, sino que lo reconoce como parte esencial de la identidad. La poesía de Encarnación Sánchez Arenas es, en este sentido, una forma de arraigo, una manera de volver a la tierra natal, a los afectos primarios, a la raíz que sostiene la existencia.

La memoria, en su obra, no es estática ni melancólica: es dinámica, luminosa, y profundamente humana. Es el hilo que une el presente con el pasado, y que permite al sujeto poético reconocerse en sus vivencias, sus vínculos y sus paisajes.

## 3. El cuerpo, la soledad y la espiritualidad

En *Pasamos por la vida*, el cuerpo aparece como territorio de experiencia, de dolor, de deseo y de revelación. Encarnación Sánchez Arenas lo explora desde una perspectiva íntima y simbólica, donde lo físico se entrelaza con lo emocional y lo espiritual. La autora no teme mostrar la fragilidad, la enfermedad, el envejecimiento, ni tampoco la sensualidad o el vínculo afectivo que el cuerpo establece con el mundo.

En el poema “Frío”, por ejemplo, el cuerpo se convierte en un paisaje helado, donde “los sabañones no emergen del dolor” y “aquellas manos no se agrietan en el agua”. La imagen de los

dedos “arrugados como el corcho” sugiere una corporeidad desgastada, erosionada por el tiempo y la intemperie emocional. Es una visión que recuerda a la poesía existencial, pero con un tono más íntimo y doméstico.

La soledad es otro de los grandes temas del libro, y aparece como una presencia constante, casi estructural. En “Soledad: poema en prosa”, la autora despliega una serie de imágenes que configuran un universo de aislamiento: “como una celda de aislamiento en una cárcel”, “como una viuda sin crepúsculos”, “como la letra eñe /ñ/ en una torre de Babel”. Esta enumeración poética, cargada de metáforas originales, revela una conciencia aguda del desamparo y de la incomunicación, pero también una voluntad de nombrar ese dolor para transformarlo en arte.

La espiritualidad, por su parte, se manifiesta en varios niveles. En “El acanto”, la autora reflexiona sobre el pecado, la culpa y el perdón, y se distancia de una visión religiosa punitiva para abrazar una ética del error como parte del aprendizaje vital. En “Diálogo de una desesperada de la vida con su alma”, se establece una conversación entre el yo y su alma, donde se invocan figuras de la mitología egipcia como Tot, Jonsu, Ra y Anubis. Esta dimensión espiritual, que se nutre de sus estudios islámicos y egipcios, aporta una profundidad simbólica poco común en la poesía contemporánea.

También en “Sobre los sacerdotes egipcios” se desarrolla una reflexión sobre la pureza, el rito, el ayuno y el duelo, con una mirada que combina erudición y sensibilidad poética. La autora se viste de lino, se depila como los sacerdotes de Heliópolis, y transforma su cuerpo en un símbolo de respeto y conexión con lo sagrado. Esta espiritualidad no es dogmática ni doctrinal, sino vivencial, estética y profundamente humana.

En conjunto, estos poemas revelan una poética del cuerpo y del alma que se atreve a mirar el dolor, la soledad y la trascendencia sin evasiones, y que convierte la experiencia íntima en una forma de conocimiento y de comunión con el lector.

#### **4. Influencias literarias: tradición y mestizaje cultural**

La poesía de Encarnación Sánchez Arenas se inscribe en una tradición literaria rica y compleja, que ella asume con respeto, conocimiento y libertad. En *Pasamos por la vida*, se perciben ecos de grandes nombres de la literatura española, desde los clásicos del Siglo de Oro hasta los poetas del siglo XX, pero también una apertura a otras culturas y lenguajes poéticos, especialmente el árabe y el egipcio, fruto de su formación académica y su sensibilidad intercultural.

Uno de los referentes más visibles es Federico García Lorca, cuya influencia se manifiesta tanto en el uso de la casida como en la imaginería simbólica. En “Casida de los arbustos” y “Casida del alba perdida”, la autora dialoga directamente con los textos lorquianos, retomando sus

títulos y estructuras, pero dotándolos de una voz propia. La musicalidad, la sensualidad de las imágenes y la tensión entre lo natural y lo trágico remiten al universo lorquiano, pero sin caer en la imitación. Encarnación reinterpreta la casida desde su experiencia y su mirada femenina, y la convierte en un vehículo de introspección y lirismo.

Sin embargo, como bien señala Antonio Varo Baena en el prólogo, su tono está más cerca de Antonio Machado, especialmente en la sencillez expresiva y en la hondura emocional de sus versos. La nostalgia, el paso del tiempo, la evocación de la infancia y del paisaje andaluz son temas que la emparentan con el autor de *Campos de Castilla*, aunque su estilo sea más variado y su imaginario más simbólico.

Otro referente importante es Francisco de Quevedo, cuya “Letrilla del exilio” es reescrita y resignificada por Encarnación en su propio poema homónimo. Allí, la autora actualiza el tono crítico y satírico de Quevedo para hablar de la guerra, la pobreza y la memoria histórica desde una perspectiva contemporánea y comprometida. La estructura estrófica y el ritmo de la letrilla se mantienen, pero el contenido adquiere una nueva dimensión ética y política.

También se perciben influencias de Juan Ramón Jiménez, especialmente en la musicalidad del lenguaje y en la búsqueda de una poesía pura, esencial, que trascienda lo anecdótico. En “Sinafia de la niña pintada”, la autora retoma el título y el tono del poeta de Moguer para construir una imagen delicada y evocadora de la infancia y la feminidad.

Pero quizás lo más original de la obra de Encarnación Sánchez Arenas sea su mestizaje cultural. Su formación en filología árabe y su interés por la mitología egipcia se traducen en una poesía que incorpora términos, símbolos y estructuras de esas tradiciones. En poemas como “Sobre los sacerdotes egipcios” o “Historia de un naufrago”, la autora introduce elementos del pensamiento religioso y filosófico del antiguo Egipto, y los entrelaza con su propia experiencia vital. Esta fusión de culturas no es un mero adorno erudito, sino una forma de ampliar el horizonte poético y de reivindicar una visión plural y transhistórica de la poesía.

En suma, *Pasamos por la vida* es una obra que dialoga con la tradición sin someterse a ella, que recoge voces del pasado para construir una voz propia, y que demuestra que la poesía puede ser, al mismo tiempo, memoria, mestizaje y creación.

## **5. Temas centrales: vida, muerte, feminidad y trascendencia**

El título del poemario, *Pasamos por la vida*, ya anuncia uno de los grandes temas que atraviesa toda la obra: el tránsito vital. Encarnación Sánchez Arenas no escribe sobre la muerte como destino final, sino sobre la vida como proceso, como experiencia que se despliega entre el dolor, la belleza, la memoria y la esperanza. Su poesía es una meditación constante sobre lo que significa

estar vivos, sobre cómo habitamos el tiempo y el cuerpo, y sobre cómo buscamos sentido en medio de la incertidumbre.

En el poema que da nombre al libro, la autora escribe: “Pasamos por la vida / envueltos en recuerdos / pues saben de dolor / los borrosos momentos”. Aquí se condensa su visión existencial: la vida es fugaz, pero está cargada de significados que se revelan en el recuerdo, en la emoción, en la conciencia del paso del tiempo. No hay una visión nihilista ni desesperanzada, sino una aceptación lúcida de la fragilidad humana.

La feminidad es otro tema recurrente, abordado desde una perspectiva íntima y simbólica. En “Silva modernista de las ausencias”, la mujer aparece como figura de resistencia y de dolor: “Tus manos encalladas ¿quién las borra? / Son mujeres de barro secas a las caricias”. Esta imagen, profundamente conmovedora, revela una conciencia del cuerpo femenino como espacio de trabajo, de sufrimiento, pero también de dignidad y de memoria. La mujer es presentada como raíz, como tierra, como yema que brota, en una metáfora vegetal que conecta lo humano con lo natural.

La maternidad también aparece en textos como “Un lerele”, donde la autora celebra la llegada de un hijo con ternura y musicalidad: “Me vienes mi caminito / un lerele, un lerele... / punto de luz tan preciso / que gateas y no andas”. Aquí, la poesía se convierte en canto, en arrullo, en expresión de amor puro y luminoso.

La trascendencia, por su parte, se manifiesta en la constante búsqueda de sentido, en la reflexión sobre el alma, el destino y la espiritualidad. En “Meditación”, la autora escribe: “No desfalleceré en miles intentos / pues divagando encuentro el camino”. Esta afirmación revela una voluntad de persistencia, de fe en la palabra y en el pensamiento como formas de redención. También en “Historia de un naufrago” y “Raíles hacia un encuentro” se percibe esa tensión entre el caos y la esperanza, entre la caída y el renacer. La isla imaginaria, los caminos paralelos, los trenes que no chocan, son metáforas de una vida que busca orden en medio del desorden, sentido en medio del naufragio.

En conjunto, los temas centrales de *Pasamos por la vida* configuran una visión poética profundamente humana, donde la vida se celebra en su complejidad, la mujer se reivindica en su fuerza y su vulnerabilidad, y la poesía se convierte en una forma de trascender el dolor, de nombrar lo innombrable, y de dejar huella en el tiempo.

## 6. La forma como expresión: zéjeles, casidas, silvas y serventesios

Uno de los aspectos más notables de *Pasamos por la vida* es su riqueza formal. Encarnación Sánchez Arenas no se limita a escribir en verso libre ni a seguir las convenciones contemporáneas de la poesía confesional. Por el contrario, su obra se apoya en una sólida base métrica y estrófica, que ella domina con maestría y que utiliza como vehículo expresivo, no como ornamento.

El uso del zéjel, por ejemplo, es una muestra de su conocimiento de la tradición hispanoárabe. En “Tras la ventana: zéjel quebrado”, la autora adapta esta forma clásica a una estructura más libre, con versos que superan las ocho sílabas tradicionales. El resultado es una composición que mantiene el ritmo y la musicalidad del zéjel, pero que se abre a una mayor flexibilidad expresiva: “Pensaré silente / que la vida adquiere / el lugar que sueña”. Aquí, la forma se convierte en una herramienta para meditar sobre el tiempo, la esperanza y la introspección.

Las casidas, como “Casida de los arbustos” y “Casida del alba perdida”, retoman la estructura monorríma de origen árabe, pero con un tono lorquiano y una imaginería propia. La autora logra que estas composiciones respiren una cadencia antigua y al mismo tiempo una emoción contemporánea. El uso de la repetición, la musicalidad interna y la evocación de la naturaleza como símbolo del alma son elementos que enriquecen la experiencia poética.

La silva aparece en varios momentos del libro, como en “Silva libre impar de los días plomizos” y “Silva modernista de las ausencias”. En estas composiciones, Encarnación combina versos de distinta medida (heptasílabos y endecasílabos) con una libertad rítmica que permite una expresión más fluida y reflexiva. La silva se convierte en un espacio para la meditación, para la descripción sensorial y para la exploración emocional.

El serventesio, por su parte, aparece en “Serventesio del miedo”, donde la autora utiliza la estructura de cuartetos endecasílabos con rima consonante alterna (ABAB) para expresar la tensión entre el tiempo y el temor: “Estoy quieta y sentada detrás de la ventana / Pues siempre va y viene el segundo silente / ¿Qué me traerá el tiempo? ¿Qué me traerá mañana? / No vence el miedo parco, pues es mi confidente”. Aquí, la forma clásica se adapta a una temática existencial, y el ritmo se convierte en un reflejo del pensamiento.

Además de estas formas, el poemario incluye décimas, letrillas, poemas en prosa y composiciones híbridas que demuestran una gran versatilidad técnica. La autora no se limita a una sola forma ni a una sola voz: su poesía es polifónica, plural, y profundamente consciente de su tradición. Como ella misma señala en su biobibliografía, ha estudiado métrica española con especialistas como José Domínguez Caparrós y José Víctor Llatse, y ha participado en talleres y cursos que le han permitido explorar las posibilidades expresivas de cada estructura.

En resumen, la forma en *Pasamos por la vida* no es un corsé ni una imposición, sino una

herramienta de libertad. Encarnación Sánchez Arenas demuestra que la tradición métrica puede ser un espacio de innovación, y que la poesía puede dialogar con el pasado para construir un presente lírico más rico y más profundo.

## 7. El tiempo y las estaciones: ciclos vitales y emocionales

El tiempo, en *Pasamos por la vida*, no es solo una dimensión cronológica: es una experiencia emocional, una metáfora de los estados del alma, una forma de narrar la vida desde sus ciclos naturales. Encarnación Sánchez Arenas utiliza las estaciones del año como símbolos de las etapas vitales, y lo hace con una sensibilidad que transforma lo cotidiano en poesía.

En el conjunto de poemas titulado “Las estaciones”, la autora recorre la primavera, el verano, el otoño y el invierno con una mirada que combina observación del paisaje y resonancia interior. La primavera es el despertar, la promesa, la fertilidad: “Entre campos de amapolas / ya amarillean doradas espigas / verdes del trigo / que a la noche son de plata”. Aquí, la naturaleza se convierte en espejo del renacer emocional, en metáfora de la esperanza.

El verano, por su parte, se presenta como tiempo de plenitud y de comunión: “Son las sombras las aliadas / son las plateadas sombras / y extienden sus ramas verdes / las arboledas frondosas”. Las noches de charla bajo las estrellas, las siestas dormidas, las hamacas que acogen los cuerpos, configuran un universo de paz y de encuentro.

El otoño introduce la melancolía, la pérdida, el cierre de ciclos: “Caen hojas amarillas / caen lluvias y tormentas / sin paseos en la plaza / las ventanas se cierran”. La imagen de los días grises y las nieblas que cubren el suelo sugiere una introspección, una retirada hacia el interior, una aceptación de la fugacidad.

Finalmente, el invierno aparece como tiempo de vacío, de silencio, de espera: “Invierno frío y helado / pues ya se cuaja la escarcha / con sus sales y cristales / con su blancura de nácar”. Las plazas vacías, los patios desiertos, los olivos sin obreros, configuran un paisaje ceniciento que remite a la soledad y al recogimiento.

Este tratamiento de las estaciones revela una concepción cíclica de la vida, donde cada etapa tiene su valor, su belleza y su enseñanza. Encarnación Sánchez Arenas no idealiza ninguna estación, sino que las presenta como parte de un proceso natural y emocional que todos atravesamos. La poesía, en este sentido, se convierte en una forma de acompañar esos ciclos, de nombrarlos, de darles sentido.

Además, en otros poemas como “Silva libre impar de los días plomizos” y “Tardes de otoño”, el tiempo aparece como una dimensión subjetiva, marcada por el estado de ánimo, por la memoria, por la percepción sensorial. Los días plomizos, las tardes húmedas, las horas que se

arrastran, son imágenes que configuran una temporalidad poética, donde el reloj se sustituye por la emoción.

En conjunto, el tratamiento del tiempo en *Pasamos por la vida* es uno de los logros más delicados y profundos del libro. La autora logra que el lector se reconozca en esos ciclos, que sienta el paso de las estaciones como parte de su propia experiencia, y que descubra en la poesía una forma de habitar el tiempo con conciencia y con belleza.

## 8. La poesía como testimonio y deseo de trascendencia

En *Pasamos por la vida*, la poesía no es solo una forma de expresión estética, sino también un acto de testimonio, de resistencia y de trascendencia. Encarnación Sánchez Arenas convierte su escritura en una forma de dejar constancia de lo vivido, de lo sentido, de lo pensado, y de proyectar su voz más allá del tiempo y del olvido.

Este impulso testimonial se percibe en muchos de sus poemas, donde la autora no solo habla de sí misma, sino también de su entorno, de su historia, de su cultura. En “Letrilla del exilio”, por ejemplo, se entrelazan la memoria histórica, la crítica social y la voz del pueblo: “¿Quién nos habla de la guerra, / de la muerte desolada? / ¿Quién pisa la mina armada / y en el pueblo se destierra?”. Aquí, la poesía se convierte en una forma de recordar lo que no debe olvidarse, de dar voz a los silenciados, de denunciar la injusticia.

Pero también hay un deseo profundo de trascendencia, de que la palabra poética sobreviva al cuerpo, al tiempo, a la muerte. En “Las acacias”, la autora se pregunta: “¿Cuál es mi misión inmortal en mi vida? ¿Es la misión de mi poesía? ¿Tendrá mi poesía las raíces tan reproductoras y tan inmortales de las acacias?”. Esta reflexión revela una conciencia aguda del poder de la poesía como legado, como semilla que germina más allá del instante.

La autora no busca la trascendencia desde la grandilocuencia ni desde el artificio, sino desde la autenticidad, desde la fidelidad a su voz y a su experiencia. En “Un deseo de investigadora”, por ejemplo, se entrelazan el pensamiento, la emoción y la espiritualidad en una plegaria íntima: “Tengo pensamientos contradictorios que batallan con espadas y lanzas entre mis neuronas. Pero hoy te rezo llorando...”. La poesía se convierte aquí en oración, en búsqueda de sentido, en acto de purificación.

Incluso en los poemas más breves o aparentemente anecdóticos, como “Mi guitarra” o “Un lerele”, se percibe ese deseo de que la emoción quede fijada en la palabra, de que el instante se vuelva eterno a través del ritmo, de la imagen, de la música del verso.

En este sentido, *Pasamos por la vida* es también una meditación sobre el propio acto de escribir. La autora es consciente de que la poesía no solo nombra el mundo, sino que lo

transforma, lo resignifica, lo salva. Escribir es, para ella, una forma de vivir más plenamente, de resistir al olvido, de dialogar con los otros y con lo sagrado.

Como señala Antonio Varo Baena en el prólogo, la poesía de Encarnación Sánchez Arenas “denota el profundo conocimiento de la escritura poética”, pero también una entrega emocional y espiritual que trasciende la técnica. Su obra es testimonio de una vida vivida con intensidad, con conciencia, con amor por la palabra y por el misterio que la habita.

## 9. Conclusión: Una obra que nos atraviesa

*Pasamos por la vida* es mucho más que un poemario: es una travesía lírica que nos invita a mirar la existencia con profundidad, con ternura y con conciencia. Encarnación Sánchez Arenas ha construido una obra que dialoga con la tradición poética española, con las culturas árabe y egipcia, y con su propia experiencia vital, para ofrecernos una voz única, íntima y poderosa.

A lo largo de sus páginas, la autora nos habla de la memoria, del cuerpo, de la soledad, de la espiritualidad, de la maternidad, del tiempo, de la guerra, del deseo de trascendencia. Lo hace con una variedad formal admirable, que incluye zéjeles, casidas, silvas, serventesios, poemas en prosa y composiciones híbridas. Cada forma está al servicio del contenido, y cada verso está cargado de emoción, de pensamiento, de belleza.

La poesía de Encarnación Sánchez Arenas no busca el artificio ni la espectacularidad: busca la verdad, la emoción compartida, la palabra que nos toca. Su obra es un testimonio de vida, una forma de resistencia ante el olvido, una celebración de lo humano en todas sus dimensiones. Como ella misma escribe: “Pasamos por la vida / según el pensamiento / donde afloren vigías / sin llamas del infierno”.

Este libro atraviesa al lector porque habla desde lo profundo, porque reconoce en las propias preguntas, en las propias heridas, en los propios sueños. Leer *Pasamos por la vida* es acompañar a la autora en su camino, pero también es recorrer el nuestro con más luz, con más conciencia, con más poesía.

Encarnación Sánchez Arenas ha cumplido con creces esa misión inmortal que se pregunta en sus versos. Su poesía tiene raíces, tiene alas, y tiene voz. Y esa voz, sin duda, seguirá resonando en quienes se acerquen a ella con el corazón abierto.